



# *Paz y Bien*

BOLETIN MENSUAL DE LA ORDEN MINIMA FRANCISCANA  
ENERO DE 2012      Número 121      Donativo \$7.00 M.N.

**“¡Haced todo lo que  
os dijere Jesús!”**



**El milagro de las bodas de Caná**

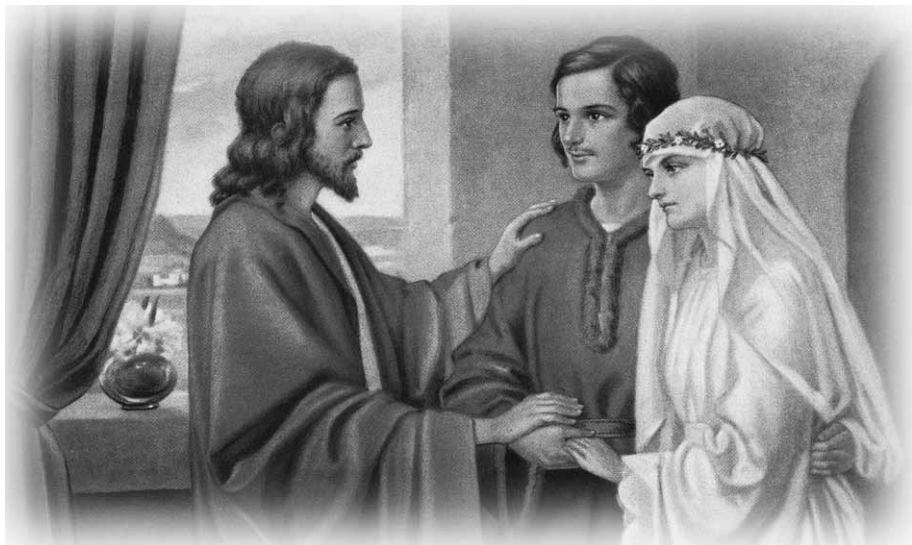
Con el segundo domingo después de la Epifanía, la sagrada liturgia nos anuncia que la vida de infancia de Jesús llega a su fin y nos traslada de un salto a su vida pública. En la octava de la Epifanía contemplamos el Bautismo de Nuestro Señor en el río Jordán, hecho que nos ha señalado el principio de su apostolado. Hoy nos habla de su primer milagro que tenía por fin, al igual que la Epifanía y el Bautismo, manifestar al mundo su gloria de Hijo de Dios.

Lo cierto es que las alegrías de Navidad se pasan velozmente como pasa la vida del hombre sobre la tierra porque la felicidad de lo divino, ¡sólo se poseerá en la eternidad!

El Evangelio de esta dominica nos cuenta que hubo en Caná de Galilea una boda y fueron invitados Jesús y su Santísima Madre; porque no puede faltar la Madre a

donde se encuentra el Hijo, pues entre ambos traen la misión de salud a los míseros pecadores. La Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, comienza también su función maternal de medianera de todas las gracias y a causa de su potente intercesión en favor de los nuevos esposos ante su Divino Hijo, adelanta la hora de manifestar públicamente su poder divino y realiza el primer milagro convirtiendo el agua en el vino más delicioso que sobre la tierra se pudiere encontrar.

Nuestro Señor nos impresiona cuando le vemos dar principio a su apostolado asistiendo a una fiesta nupcial, ¿por qué? Él, que ha venido en busca de los pecadores para convertirlos y santificar las fiestas mundanas y especialmente la unión de las parejas, no se desdeña en acudir complaciente a dicha invitación; no para mani-



festar su poder como Dios Omnipotente con el primer milagro exterior que va a realizar, pedido por su bendita Madre, sino para santificar y elevar el matrimonio con su presencia divina, a la dignidad de Sacramento.

¡Oh, sí, es tan grande este Sacramento como lo es el Bautismo que nos confiere la gracia para que seamos cristianos, como la Confirmación para que seamos soldados valerosos de Cristo y como la Eucaristía que alimenta nuestras almas para la vida eterna.

Así el Sacramento del matrimonio da a los esposos los auxilios necesarios para cumplir con los deberes de su estado y perseverar fieles hasta el fin, porque lo que Dios ha unido... ¡el hombre no puede separarlo!

Nuestro Señor engrandeció el matrimonio haciendo de él un Sacramento eficaz de la gracia y un

símbolo de su unión con la Iglesia. Así como Jesús asistió en Caná de Galilea a bendecir y santificar aquella pareja matrimonial, es necesario que también sea invitado por todos los matrimonios cristia-



nos, si quieren formar un hogar dichoso y una fidelidad sin mácula.

¡Desgraciadamente se va al matrimonio con disposiciones tan humanas, que son contadas las parejas que se preparan para llevar el yugo del Señor, suave y ligero, en sacrificio, piedad y abnegación, en el olvido de sí mismo

cada cual, con el fin de alcanzar las gracias de santificación para formar así un hogar católico; pues a los primeros trabajos y dificultades que se presentan, abandonan la senda del deber, se pierde el amor, la confianza y fidelidad, que les hace insoportable la vida conyugal hasta lograr romper el lazo que ante Dios los unió.

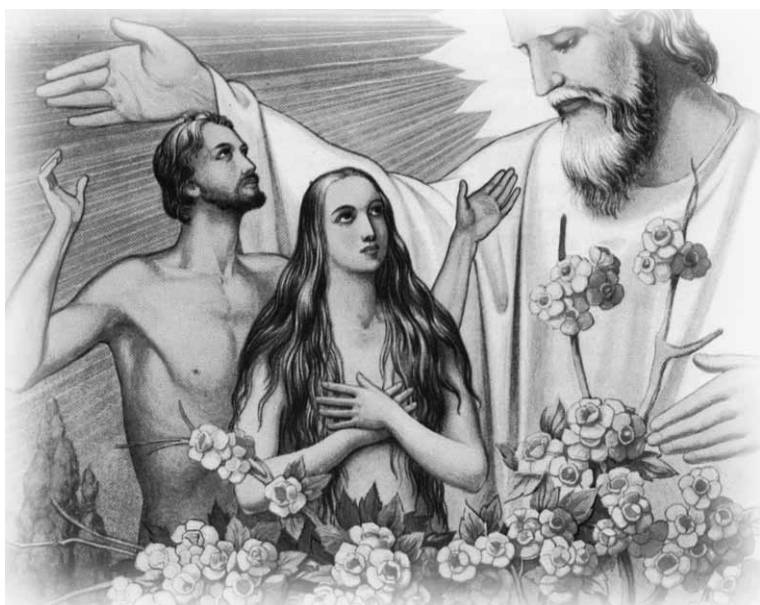
### El matrimonio es indisoluble... ¿Por qué?

El Evangelio hace referencia a este tema tan discutido desde el Antiguo Testamento hasta nuestros días, en aquella ocasión cuando Jesús iba entrando en la comarca de Perea. Los fariseos le rodearon para hacerle la siguiente pregunta: “Maestro, ¿es lícito repudiar a la mujer por cualquier causa?” (Mt. XIX, 3)

Precisamente se hallaban en territorio del tetrarca Herodes Antípas, que había repudiado a su mujer legítima

para desposarse con la mujer de su hermanastro, y aquella pregunta era muy comprometedora. Una audaz respuesta podía acarrear un fin semejante al del Bautista. Pero Jesús que penetra hasta lo más íntimo del hombre y conociendo sus intenciones, responde con la sabiduría del que es la Verdad misma, expone con claridad su pensamiento:

“¿No habéis leído que al principio, el Creador los hizo varón y hembra?, y dijo a los que le preguntaban: Por esto dejará el hombre al padre y a la madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. Por tanto, lo que Dios unió, no debe separarlo el hombre”. Los fariseos le replicaron: “Entonces ¿cómo es que Moisés ordenó dar libelo de repudio y así divorciarse?”



“¡Ah!”, exclamó Jesús: “Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres, pero al principio no fue así. Y yo os digo que quien repudia a su mujer y se casa con otra, comete ¡ADULTERIO!” (Mt. XIX, 9)

Amadísimos hermanos en Cristo, la ley de Dios es tajante, exigente, no atiende consideraciones humanas y si a los fariseos les parecieron terribles y severas estas últimas palabras del Salvador, fue sin duda porque en ellos no estaba el poder de la gracia que eleva la naturaleza. El Maestro divino no vino a quitar lo que había en la ley de Moisés, sino ha perfeccionado la ley, y todo hombre que recibe la fe en el Bautismo debe someterse a esa ley divina por amor; sólo así seremos libres. Libres de cargar el yugo del pecado que arrastra a los vicios y pasiones, porque sujeto con suavidad a la ley de Cristo, el cristiano con el auxilio de la gracia, puede encontrar la libertad de que gozan los hijos de Dios; porque Él, no pedirá a nuestra frágil naturaleza algo más allá de nuestras fuerzas.

Por eso, contemplando lo sublime del matrimonio cristiano, se le debe dar el valor infinito que requiere para recibirlo con

una seria preparación, aceptando todas las responsabilidades y consecuencias que trae consigo tan alta dignidad y así abrazarse generosamente en todo lo que sea ocasión de sufrimiento, que sin duda no faltan las alegrías y los consuelos en medio de la cruz: ¡Oh cruz dichosa que en medio del dolor sabes santificar!

Que estas consideraciones nos lleven a mayor respeto y temor para la decisión al tomar el estado del matrimonio. El matrimonio cristiano es un vínculo indisoluble que priva de la libertad personal, haciendo al uno dueño del otro. Exige un amor impregnado de



respeto, porque una familiaridad sin respeto, degenera insensible pero infaliblemente en desprecio. Exige un amor fiel hasta el punto de tener que dejar al padre y a la madre, hasta romper completamente con todos los lazos que puedan ligar la mente y el corazón. No es un juego que esclaviza para expresar neciamente: “si no

bos esposos. Un marido sabio y modesto, casado con una mujer divertida y derrochadora, o una mujer ejemplar y tranquila con un marido disoluto e impío; ¡qué cruz, qué paciencia! Y si el buen Dios con su Santísima Madre no son invitados a pulir las asperezas de estos matrimonios, y no se les llama para ayudarles a llevar



me gusta... ¡me separo, porque no voy a soportar una vida de esclava!” Pensamiento liberal, no cristiano, que más vale no meterse en ese juego; puesto que con Dios no hay bromas. El matrimonio impone un amor constante, que debe resistir el empuje de los años, de las tribulaciones, de las envidias y de los celos; amor perpetuo y único. ¡Y es imposible esto sin la gracia de Dios!

No basta lo antes dicho; también existe la pesadumbre de diversidad de caracteres de am-

la cruz, estas cruces domésticas parecerán insoportables y el odio y la desesperación se apoderarán de dos almas que creyeron hallar la felicidad juntas, viviendo a espaldas de la religión. No es necesario inventar casos trágicos; la inevitable diversidad de temperamentos exige un ambiente continuo de comprensión mutua, de flexibilidad y de generosidad para formar de ese modo una atmósfera de recíproca convivencia.

Sin embargo, ¡cuántas parejas han caído en desastrosas realida-

des!, porque las mujeres no son sufridas ni abnegadas para dar un apoyo eficaz al compañero que han elegido o para resolver problemas de cualesquier índole que se presenten. En los hogares, cuando ya vienen los hijos a llenar con su presencia encantadora aquel lugar, lo encuentran frío, sin calor maternal. ¿Qué sucede entonces? ¡La destrucción de la familia!

Nunca pensaron que el matrimonio les acarrearía pesadumbres y que deberían sufrirlas sin quejarse ni lamentar-

se; pero su imprudencia y falta de juicio las ha hundido en un estado sin salida y la sublimidad del Sacramento del matrimonio queda desfigurada y profanada.

San Ambrosio no pretende desaconsejar el estado del matrimonio, declara sencillamente las ventajas de la virginidad con-

sagrada al Señor. Él dice: "El que se casa hace bien, pero ya puede prepararse a llevar la cruz".

Si tan fuertes son las obligaciones del estado conyugal, ¡cuán necesaria es la gracia divina que las parejas deben implorar al

cielo para permanecer fieles hasta la muerte!

Los matrimonios que se consuman por amor, demuestran evidentemente que tienen asegurada la felicidad. Sólo el amor triunfa de las crisis conyugales, es una demostración de esta tesis tan verídica. ¡Sólo



el amor hace felices a las almas!, luego, sólo el amor da fuerza, virtud, constancia, fidelidad y todo el temple necesario para afrontar la larga cadena de la vida aún llena de vicisitudes y dificultades. Si todas las parejas de esposos se casaran por amor, si los guiara el amor, ni un sólo divorcio ha-



bría en el mundo ¡NI UNO SOLO!  
¡Ni una sola pareja dejaría de  
ser feliz... ¡inmensamente feliz!

Todo estado de vida lleva consi-  
go su propia carga, por eso todos  
tenemos necesidad apremiante  
del auxilio divino, y de la interce-  
sión de nuestra Madre del  
cielo ante el Hijo adora-  
do, a fin de llegar un  
día a la Patria de los  
bienaventurados.

Para animarnos  
confiadamente y  
cerrar el presen-  
te artículo, nos  
es grato poner  
a continuación  
una bella re-  
flexión acerca  
de la Cruza-  
da del Santo  
Rosario que  
nos ha dado  
el R. P. Supe-  
rior del distrito  
en las boletas  
para anotar el  
número de ro-  
sarios rezados  
para el presen-  
te mes de enero,  
donde nos recuerda  
el arma poderosa que  
tenemos en las manos  
para el remedio de tantos  
males que nos aquejan. ¡El po-  
der de la Virgen es potentísimo!

*“A veces entristezco y peno.  
Entristezco al ver la Iglesia de*

*Cristo amenazada y desfigurada.  
Tanta cizaña y tanto mal sembra-  
do en este campo bendito de Dios.*

*Peno al ver a hijos con mente  
y corazón en pensamientos y as-  
piraciones tan vanos y tan malos.  
No saben, o no quieren saber,  
lo que realmente vale.*

*Temo así por la sal-  
vación, propia y aje-  
na. Temo el mal de  
afuera y de aden-  
tro, exterior y  
propio interior.*

*Pero tam-  
bién espero.*

*Espero en  
la bondad  
infinita de  
Dios. Es-*

*pero y  
creo en su  
promesa:*

*las fuer-  
zas del mal  
no ven-*

*cerán. Es-*

*pero, pues  
solo no es-  
toy: miles y*

*miles de almas  
buenas están  
luchando bajo la*

*misma bandera,  
en el mismo ejército,  
en la misma Cruzada.*

*Creo y me consuelo pues  
en el cielo una Madre tenemos  
que no abandona a hijos que con  
amor a Ella recurren aferrándo-  
se con cariño y fidelidad al rezo*





del rosario bien rezado y meditado. Un buen hijo de María nunca será confundido, derrotado. En su Corazón Inmaculado es-

pero, y en Él alegría encuentro, ¡es ya anticipo bueno del cielo!”  
(R. P. Mario Trejo, Superior de distrito.)



## La Perla de la Vocación



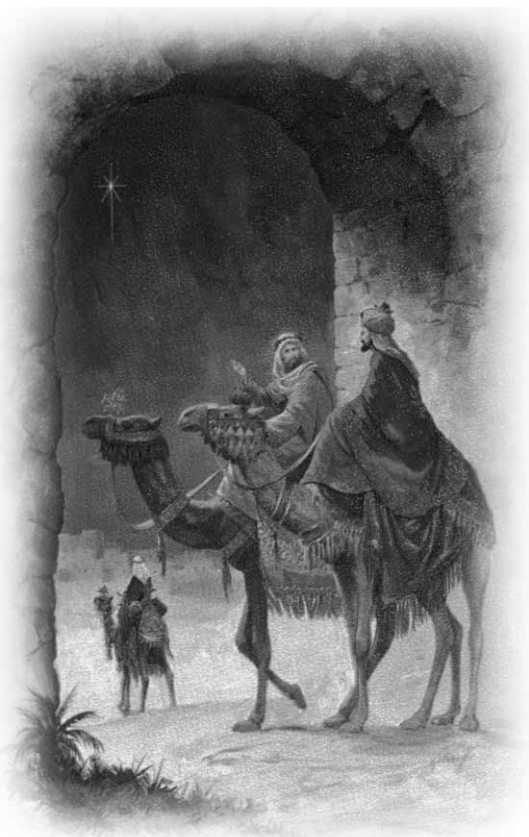
“¡Hemos visto su estrella y venimos adorarle!”

Con estas palabras tomadas del versículo del Aleluya de la Misa del día de la Epifanía, nuestro boletín mensual vuelve a retomar su interesante artículo de la vocación que se quedó en pie en el número de octubre pasado.

Resuenan muy bien las expresivas palabras con las cuales dieron señales los Magos al llegar a Belén para encontrar y adorar al Rey de reyes como les fue anunciado.

La docilidad de estos reyes del Oriente al llamamiento divino es un ejemplo admirable a toda alma que es llamada por Dios a seguirle más de cerca. Es muy conmovedor contemplar la prontitud y generosidad con la que se pusieron en camino buscando la estrella que por la fe, los penetró de los

misterios divinos. Y... ¡buscaron a Dios y lo encontraron en los brazos de María su bendita Madre! Para ellos encontrar la “estrella” de su vida fue la felicidad en la tierra y



en el cielo, porque: “Una sola cosa es necesaria”, y, para las almas que encuentran al Señor, eso les basta.

Mis queridas jóvenes que os afanáis en muchas cosas de esta vida, mirad que sólo una debe inquietaros: encontrar la estrella que debe acercaros a corresponder al llamamiento que Dios hace a vuestras almas. El mundo tiene muchos seguidores, mientras que el divino Prisionero que se oculta bajo la

y postrándose le adoraron”.

Con la fe ciega de los Magos, deseamos queridas jóvenes, que en los brazos de la Virgen Madre, encontréis la estrella de vuestra vocación y la sigáis con la generosidad y prontitud con que ellos la siguieron.

Necesitamos meditar para atinar cada cual nuestra vocación personal, meditar bien y a conciencia, sinceramente, ante Dios. Orar, impetrar de Él las divinas gracias que



estrella de un convento, permanece solo y despreciado, olvidado e ignorado. ¿Qué os diría Él si se dignase dejar escuchar su voz física desde los Sagrarios? Sin duda exclamaría las mismas palabras que dijera a Marta en Betania: “En muchas cosas se ocupan”... cuando a la verdad, “una sola es necesaria”.

“Y entrando en la casa, vieron al Niño con María su madre,

nos han de ser indispensables para el mismo fin. Ser pacientes para esperar la respuesta de Dios, o sea su luz, su moción interior y otras señales evidentes de su voluntad, como son las aptitudes, a veces la inclinación natural de nuestra voluntad, (no siempre sensible) y, sobre todo, la señal inequívoca: las circunstancias exteriores y el consentimiento de aquellos a los que estamos su-

jetos moralmente.

Necesitamos, en una palabra: sabiduría y prudencia, virtudes que solo Dios podrá darnos, con ayuda y cooperación de nosotros mismos.

Es preciso examinar nuestra vocación personal desde la infancia casi, pero sobre todo desde la pubertad. Se debe pensar seria y juiciosamente. Puesto que esa vocación no es otra cosa que la voluntad de Dios, el llamamiento divino, difícilmente podremos organizar nuestra vida para ser felices en el tiempo

y santificarnos, y ser felices en la eternidad, si no cumplimos esa divina voluntad de Dios, si no vamos por nuestro camino, si no estamos colocados en nuestra propia vocación.

A Dios hay que pedir con humildad, con fe, confianza, perseverancia y amor la gracia divina de conocer nuestra vocación personal. Sea cual fuere esta vocación, debemos adelantarnos a adherirnos a



ella, solo por la recta intención de cumplir la voluntad divina durante nuestro paso por esta vida, protestando de antemano a nuestro Creador, que no queremos elegir esto o aquello, sino lo que en sus secretos designios tenga para nosotros.

Debemos estar persuadidos de que sin la intervención de la gracia, no podremos acomodarnos a ese plan divino. Y esa intervención

estará de nuestra parte iluminándonos, moviéndonos, facilitándonos o estorbándonos ciertas circunstancias accidentales de la vida diaria, si nosotros se lo pedimos y ponemos a la vez los medios necesarios, sobre todo para saber pedir y para saber esperar la dádiva. Esto es lo capital en la vida particular de cada quien, porque esto no se hace, por eso hay en los caminos tantos equívocos y fracasos, a las veces irremediables.

Así como el acierto de una vocación personal trae consigo la felicidad y la paz temporal a la persona misma, y también trae proyecciones similares a los seres que participan de aquella vocación, así igualmente, por el contrario, una vocación equivocada trae

consecuencias de tragedia, desventura, desgracia e infelicidad para la persona misma y las que están en su destino enlazadas. ¿Por qué?

Porque falta ahí la divina voluntad y sus gracias santificantes, actuales y habituales. De todos estos desaciertos, es responsable directa la persona que elige una vocación o estado de vida que no es la suya, por capricho o por falta de virtud, de prudencia y sinceridad.

Tenemos pues, grave obligación de meditar en nuestra vocación, de orar y de pedir para acertar

como necesidad de medio para salvarnos y ser felices en el tiempo y en la eternidad.

La salvación eterna y con ella la paz del alma y felicidad temporales, han de costar mucho más trabajo al que anda fuera de su vocación que al que acierta con ella. Se salvará pero con más dificultad, siéndole más pesada la

cruz de su estado que si hubiese elegido conforme a la voluntad divina.

*¡Sea para gloria de Dios!*

